

Secretos en Venecia

SECRETOS EN VENEZIA

© 2013, **Ana Rosenrot**

Este libro es una obra de ficción. Los hechos, personajes, situaciones o diálogos son producto de la imaginación del autor. Aunque constan en la obra hechos históricos ocurridos en la vida real, cualquier semejanza con hechos, personas verdaderas, vivas o muertas son pura coincidencia.

Primera edición: Septiembre, 2013

ISBN: 978-84-8411-065-1

Depósito legal: B.19123-2013

Printed in Spain- Impreso en España

www.anarosenrot.com

Queda rigurosamente prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación, alquiler o préstamo público sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos de esta obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art.270 y sgts. del Código Penal).

Nuestro más sincero agradecimiento a Doña Alicia Peropadre Enrich por su gran labor de corrección.

Secretos en Venecia

Ana Rosenrot

La casa de Long Island se recortó en el paisaje oscurecido ya del atardecer y se mostró tan impresionante como Grace la recordaba. Era prácticamente una mansión, rodeada de un extenso jardín y con un pequeño cementerio familiar en la parte trasera, cuyas mohosas lápidas y panteones fúnebres solían hacer las delicias de todos los niños en Halloween.

No es que hubiera pasado demasiado tiempo sin verla pero habían ocurrido tantas cosas en su vida en el último año que parecía que hacía una eternidad. Se asomó por la ventanilla del Ford T y sintió el frío en su cara al mismo tiempo que la característica humedad, propiciada por la cercanía de la costa norte de Long Island, se introducía en sus pulmones.

-Te enfriarás si sigues asomándote por la ventanilla. Está a punto de llover- le advirtió el hombre joven que conducía el automóvil.

-No me importa- sonrió ella volviendo su rostro hacia él. Era bonita, con unos ojos brillantes que llenaban de luz cualquier lugar. Llevaba el cabello castaño claro recogido a la moda con unas ondas marcadas- Estoy nerviosa- añadió con un delicioso gesto infantil.

-¿Por qué?- preguntó el hombre divertido.

-Todo el mundo estará esperándonos- confesó mientras se arrebujaba en el asiento y contemplaba el atractivo perfil de su acompañante.

-Ya no eres una niña, Grace. Ahora eres una mujer casada y tienes ciertas obligaciones aunque no creo que ésta fiesta lo sea en absoluto. Tu tío Everett la ha organizado para darnos la bienvenida después de nuestra luna de miel. Allí estarán todos nuestros amigos, no tienes por qué estar nerviosa- aseguró el joven sin apartar la vista de la carretera.

Estaba oscuro debido a la tormenta que se estaba empezando a formar. Llovía intensamente y no tardarían en escucharse truenos y el restallar de los rayos.

Grace le miró con admiración. Una de las cosas que le había enamorado de James era su capacidad para mantenerse en calma en cualquier situación, eso le daba seguridad y protección. Reconocía que de no ser así no podría cumplir con su puesto de inspector en la Unidad de Inteligencia de la Hacienda Pública, un puesto para el que había sido requerido por su capacidad de trabajo y sobre todo por su incorruptibilidad, lo que era sumamente importante en los tiempos que corrían. Al Capone había sido detenido gracias a la investigación secreta de la I.R.S., la unidad a la que pertenecía James y que dependía del Tesoro. Durante bastante tiempo James había trabajado en Nueva York y Chicago ocultándole a su esposa lo que hacía realmente porque era importante y peligroso pero por fin se había conseguido detener a Al Capone y todos estaban satisfechos, aunque aún quedaba el juicio que sin duda sería complicado.

-Mira, ya ha debido llegar todo el mundo- anunció James observando los numerosos coches y las luces encendidas. La música también se dejaba oír, así como las risas y las conversaciones- Parece que la caída de la Bolsa no ha debido afectarles mucho- dijo el joven mientras aparcaba.

-Quizás no haya sido buena idea celebrar la fiesta precisamente hoy, ¿no crees?- dudó Grace- No parece de muy buen gusto. Mucha gente ha perdido todo el dinero que tenían, he oído que incluso algunos empresarios se han tirado por la ventana- añadió asustada- ¿nuestro dinero estará seguro?

-Es tu dinero, cariño- aclaró con una sonrisa- Everett es un hombre inteligente, habrá sabido velar bien por tus intereses y tu fideicomiso estará a salvo.

-Menos mal... estoy deseando poder disponer del fideicomiso de mis padres. Compraremos esa casita que tanto nos gustó y...

-¿Qué?

-Me encantaría volver a Venecia- dijo con afectación.

Las últimas semanas de su luna de miel las habían pasado allí y mantenía aquellos recuerdos atesorados en su corazón y en su mente como la joya más preciada. Allí habían concebido a su hijo, estaba segura.

James la miró dulcemente. Era un joven apuesto con el cabello bien cortado y sonrisa franca.

-Te prometo que volverás a Venecia, pero ahora olvídate de todo por esta noche, Grace. Deja de preocuparte- no quería que nada la alterara, conocía sus problemas nerviosos desde la muerte de sus padres y por los que había sido ingresada en una clínica de reposo en varias ocasiones- Estamos juntos, acabamos de volver de un viaje estupendo por Europa después de habernos casado y esta noche vamos a disfrutar de una maravillosa fiesta de bienvenida

en la que anunciaremos que estas embarazada- dijo James acariciando el vientre de Grace por encima de su abrigo- Sólo tienes que ser feliz.

-Lo soy- corroboró ella emocionada- Soy la mujer más feliz del mundo- se abrazó a James como si fuera lo único seguro en la faz de la tierra.

Desde que sus padres murieron en un accidente siendo ella niña, había alternado los internados con las clínicas psiquiátricas pero los fines de semana y vacaciones las había pasado con su padrino Everett y su mujer Mary Rose en aquella casa de Long Island que consideraba casi como su hogar.

Everett era un primo lejano de su padre, él y su esposa habían velado por ella hasta el día que anunció su compromiso con James. No eran sus tíos pero ella les llamaba así y les tenía en gran aprecio pues eran lo más parecido a una familia a pesar del carácter estricto de Mary Rose, presidenta de la Liga de Mujeres Cristianas que abogaban por extremar las prohibiciones ya existentes en cuanto al alcohol, al baile y demás excesos que pudieran ir en contra de la moral. El tío Everett era un poco más condescendiente pero sus obligaciones como senador del partido republicano y defensor de la Ley Volstead o Ley Seca le hacían ser un miembro activo y defensor de las prohibiciones.

James ayudó a Grace a salir del coche y le pasó el brazo por los hombros. Ahora llovía intensamente y tendrían que correr para no mojarse.

-Será una noche que nunca olvidaremos- vaticinó el hombre avanzando rápidamente y con seguridad hacia la fachada de la mansión en la que se prometía una velada magnífica, rodeados de todos los amigos que se habían reunido para darles la bienvenida tras la luna de miel.

Apenas Grace subió el primer escalón, sus pasos se detuvieron. Todo su ser sufrió una conmoción y por un instante sintió pánico y el deseo irrefrenable de dar la vuelta y salir corriendo.

-¿Qué te pasa?- preguntó solícito James al percibir el cambio en su joven mujer- ¿te encuentras mal?, ¿es el bebé?

-No... no- contestó ella con apenas un hilo de voz intentando rehacerse de aquella intensa sensación de estar encaminándose hacia una peligrosa tiniebla. Se agarró con fuerza a la mano de James y esbozó una sonrisa- James...

-Dime.

-Te quiero. Siempre te querré- dijo impulsivamente fijando en él sus ojos azules.

James la miró con cierta inquietud pero al final acarició su rostro y la besó apasionadamente en la boca como si fuera la última vez, mientras la lluvia les mojaba. Después corrieron para guarecerse de la tormenta.

La casa estaba llena de invitados: hombres y mujeres, jóvenes, niños y ancianos vestidos con sus mejores galas que esperaban dar la bienvenida a aquel joven matrimonio que encarnaba el amor más cinematográfico de todo Nueva York: la ahijada del senador Everett Malford y de su esposa Mary Rose había contraído matrimonio con un inspector de la Agencia Anticorrupción de la Hacienda Pública y que había colaborado para la detención de Al Capone.

Algunos periodistas y fotógrafos se habían apostado a la entrada para intentar tomar alguna fotografía de los invitados pero solo un par de privilegiados inmortalizaría diversos momentos de la fiesta.

Cualquiera que estuviera al tanto de las noticias de sociedad sabía que Everett Malford era un hombre con mucho futuro en la política, miembro destacado a favor del mantenimiento de la Ley Seca y según muchos opinaban, se intuía como próximo candidato a gobernador de Nueva York enfrentándose a Roosevelt, el actual gobernador y con el que Everett mantenía serias diferencias no solo políticas, tan solo suavizadas por su amistad común con el alcalde de Nueva York, James J. Walker, que aunque demócrata como Roosevelt, sentía mucha simpatía por Everett Malford.

No eran pocos los que argumentaban que el matrimonio entre Grace y James Mathews había sido un gran espaldarazo en la carrera política de Everett, así como para James al que se auguraba un exitoso futuro dentro del Departamento del Tesoro. Aquella boda había sido un campanazo para la sociedad neoyorkina y a muchos les hubiera gustado estar en aquella fiesta de bienvenida.

-¡Ya están aquí!- anunció la cantarina voz de una jovencita de cabello rojo y miles de pecas salpicando su rostro- ¡Ya están aquí!- repitió emocionada abriendo la puerta antes que el mayordomo.

Ante su anuncio, los fotógrafos y los invitados que se congregaban en el interior de la mansión se acercaron a la puerta para ser los primeros en saludar a la pareja. Los vestidos con brillo, tacones, copas, risas y la música de jazz contrastaba con el carácter serio y puritano de Mary Rose que permanecía con un rictus severo al ver como su fiesta de bienvenida se había convertido poco menos que en un garito de mala muerte en el que confiaba, que por lo menos, no se estuviera bebiendo alcohol a sus espaldas pues tenía la sospecha de que su propio hijo y los amigos de Grace guardaban en los bolsillos interiores de sus chaquetas petacas con el pecaminoso líquido. ¿Qué opinarían sus compañeras de la Liga de Mujeres Cristianas de aquellos desmanes? Sin duda moverían sus cabezas en actitud de repulsa. Suspiró resignada y se encaminó a saludar a su "sobrina" Grace. No pudo por menos que sonreír al ver su rostro de felicidad. Todo sonreía a aquella bonita niña que

había sido parte de sus vidas. Aún así no pudo evitar sentir algo parecido a los celos cuando contempló su gesto pleno, su sonrisa llena y sus ojos brillantes tan dispuestos a la diversión y a la libertad que Mary Rose había intentado, con pocos frutos, mantener a raya para Grace pero sí para ella misma; cualquier exceso le parecía algo pecaminoso, la manera que Satán tenía de introducirse en sus vidas y sabía tentar muy bien a cualquiera, pero Mary Rose tenía una gran capacidad de resistencia y nada ni nadie podría apartarla de sus firmes convicciones morales.

Su sobrina era una belleza y eso siempre suponía un peligro. Era ella la que había insistido en mantener a Grace interna en un colegio para apartarla del ambiente de permisividad que vivía la sociedad norteamericana en los últimos años en los que el alcohol, las faldas cortas, el tabaco y la relajación de la moral campaban a sus anchas haciendo estragos en la juventud y Grace podía ser presa fácil de aquello porque si aquellas relajadas costumbres eran malas para la juventud en general, peor eran para las jóvenes cuya moralidad y dignidad podía verse comprometida, como aquellas "flappers" o muchachas demasiado alegres que usaban faldas cortas y demasiado maquillaje, extremadamente liberales y cuyo exponente era la actriz Clara Bow. Para Mary Rose una mujer independiente era sinónimo de mujer pública pues en su recta y estrecha mente no concebía algo así. Una mujer debía someterse al marido, ser digna, honrada y respetuosa, formar una familia honrada y velar por ella. El feminismo que imperaba en aquellos momentos era interpretado por ella como un ataque a los verdaderos valores morales y familiares. Estaba totalmente de acuerdo con la escritora Dorothy Parker que consideraba todo aquello como una autentica locura.

Sin embargo no había podido evitar del todo apartar a Grace del mundo. Everett se había empeñado en que su sobrina viviera con ellos el último año y ella sabía muy bien que había sido pernicioso para ella: las fiestas, la música... aquellos sonidos estridentes de negros, el jazz, ¡era horrible!, ¿cómo podía permitirse eso? Por suerte, gracias a la prohibición todo eso había terminado, al menos era lo que parecía porque el juego y el alcohol seguía existiendo y el crimen organizado campaba a sus anchas sobre todo en Nueva York y en Chicago. Bueno, al menos ahora Al Capone había sido detenido... y gracias a la colaboración del Departamento del Tesoro.

Mary Rose había mirado con muy buenos ojos a James Mathews en el momento en que se enteró de sus deseos de casarse con Grace. Era un joven estupendo, un buen partido y sería la mejor manera de que la joven se mantuviera dentro de las buenas formas y costumbres de la familia de reconocido prestigio y moralidad intachable a la que pertenecía.

Sin embargo la alegría por el compromiso no fue compartida por muchos jóvenes que vieron su corazón roto pues Grace era una de las jóvenes más hermosas, alegres y cultas de la rica y glamurosa sociedad neoyorkina.

-¡Tía Mary Rose!- Grace se abrazó a ella y sintió, como de costumbre, su rigidez que encorsetaba incluso sus emociones.

-Hola Grace. Estás muy bonita. ¿Lo has pasado bien?

-Sí, Venecia me ha encantado.

La joven se desprendió de su abrigo y lució un hermoso vestido de fiesta gris en el que destacaba un espléndido broche de plata y brillantes formando un conjunto ovalado de dos estrellas con una central más grande. Ese broche había pertenecido a la madre de Grace y estaba dentro de su fideicomiso pero Everett había insistido en dárselo para que lo prendiera en el vestido de novia. Era un broche muy caro de estilo art decó y Everett había gastado mucho dinero en restaurarlo añadiendo además un pequeño zafiro en la estrella central. Mary Rose nunca vio con buenos ojos aquel despilfarro y sabía que los lujos eran una tentación para cualquier joven. La verdad es que ella nunca había tenido una joya como aquella. Ella era coherente consigo misma pero aún así nunca Everett le había hecho ningún regalo de ese tipo y tampoco entendía el desmedido interés por darle a Grace el broche. Aún recordaba el rostro de felicidad de su marido ante la mirada atónita de la joven al reconocer la joya de su madre que inmediatamente se prendió en el vestido de novia. Mary Rose no pudo evitar un extraño desasosiego al ver a su marido y a Grace fundirse en un abrazo.

-Tengo muchas cosas que contarte- dijo Grace en tono confidencial.

-¿Sí?

-¡Grace!, ¡Grace!

La joven fue apartada de Mary Rose entre risas y conversaciones y Grace no pudo por menos que dirigir un gesto de divertida resignación ante aquel "secuestro".

Todos querían hablar con ella y con James, les hacían preguntas sobre su viaje a Europa, las fiestas que allí había, la moda, los vestidos... James por su parte conversaba con varios jóvenes y hombres que se interesaban por el ambiente político del viejo continente en el que algunos parecían intuir los contornos aún un tanto borrosos de una nueva guerra debido al excesivo expansionismo de Alemania.

-Yo estuve hace poco en Venecia- aseguró Marvin, médico y gran amigo de Everett- Un lugar precioso- dijo por enésima vez- Un conocido mío abrió hace poco un psiquiátrico en una de sus islas, una clínica de reposo para los nervios.

Aquello ya lo había contado varias veces pero todos se lo perdonaban al viejo doctor. Un fotógrafo se dedicó a immortalizar a los presentes en aquella velada, sugirió a los invitados que posaran en grupo y por separado y todos obedecieron con prontitud.

Los hombres fumaban y hablaban entre sí mientras que las mujeres y los jóvenes se encontraban en el salón disfrutando de la música y la soda a la que algunos, con máxima discreción, añadían algo de whisky. Los camareros se movían en silencio entre el ruidoso ambiente ofreciendo diversas bebidas y canapés en sus bandejas. También los niños permanecían con los ojos abiertos disfrutando de aquella reunión en la que Grace era el centro de atención. Su aspecto saludable, su aire culto y cosmopolita y su conversación, que ahora versaba sobre la moda en Europa, hacía que la mayoría de mujeres y jóvenes la acosaran con preguntas sobre peinados y tocados.

Varios jóvenes la miraban embobados desde algunos ángulos, ahogando suspiros. Reconocían que James tenía mucha suerte y en sus miradas se mezclaban la decepción con la admiración. Entre ellos había un joven que fumaba y miraba a Grace con gran interés. En sus ojos más que devoción y enamoramiento se advertía deseo y cierto enfado. Como atraída por un imán, Grace volvió la cabeza y se encontró con los ojos de aquel joven al que consideraba como su primo.

-¡Bartley!- saludó con su mano y rápidamente se levantó y se acercó al joven que debía tener un par de años menos que ella, diecisiete.

-Hola Grace, ¿lo has pasado bien?- en el tono de su voz había cierta ironía.

-Sí, estoy feliz, ¿tú qué tal estás?

El joven movió los hombros.

-No me puedo quejar.

Atenta a la conversación se encontraba la jovencita pelirroja que momentos antes había abierto la puerta. Lila no apartaba la vista del joven Bartley al que consideraba el más guapo, listo y maravilloso del mundo. Ella tan solo tenía quince años y pasaba desapercibida para él, que alternaba con otros jóvenes más mayores. Sabía que acudía a fiestas en clubs prohibidos, a "speakeasy" o lugares donde se podía encontrar alcohol ilegal, lo cual era sumamente arriesgado siendo el hijo de Everett y Mary Rose. Todo aquello le daba a Bartley un halo de misterio y morbo que hacía que la pelirroja Lila estuviera prendada de él.

-¿Has visto al tío Everett?- preguntó Grace mirando alrededor.

Bartley exhaló el humo del puro que fumaba y le daba una apariencia más madura.

-Imagino que estará en su despacho- la contempló de arriba a abajo con cierto descaro- Estás muy guapa, te noto diferente. La vida de casada te sienta bien

-¿Si?- preguntó ella con una sonrisa cómplice como si guardara un secreto.

-James tiene mucha suerte, demasiada- dijo con tono despectivo.

-¿Demasiada?- se extrañó ella de sus palabras.

-No creo que te merezca- dijo clavando en ella una intensa mirada- Eres demasiado buena para él, tan solo es un investigador de Hacienda.

-¿Te parece poco? No sabes lo que dices- Grace frunció el ceño cuando se acercó a Bartley y percibió olor a alcohol en su aliento- Si Mary Rose se entera de que has bebido alcohol...- le advirtió.

-¿Qué va a hacer?, ¿castigarme?- preguntó con descaro. Estaba harto de tanta prohibición y el que sus padres fueran fervientes defensores de ello no le ayudaba en absoluto.

Grace sonrió divertida. En ese momento se escuchó un grito de sorpresa y una joven de la misma edad que Bartley se acercó corriendo a ella. Era su mejor amiga y su confidente, Barby.

-¿Dónde estabas?- preguntó Grace fingiendo enfado.

-Acabamos de llegar, tuvimos un contratiempo con el coche. ¡Tienes que contármelo todo!- dijo cogiéndola por el brazo y apartándola del lado de Bartley que con gesto de enfado sacó una petaca del bolsillo y añadió un chorro de whisky a su soda mientras mantenía el cigarro entre sus labios.

-¡Tenía muchas ganas de verte!- exclamó Grace mirando con cariño a su amiga Barby que para la ocasión lucía un vestido color beige que la favorecía.

-¡Y yo!, ¿cómo es Venecia? Recibí tus cartas y parecía el lugar más maravilloso del mundo.

-Lo es, ha sido como un cuento de hadas. Además allí no había prohibición, fuimos a fiestas, jugamos, bailamos...- enumeró Grace encantada.

-¡Oh, qué maravilla!- se admiró Barby que como todas las jóvenes ansiaba acudir a aquellas fiestas privadas en las que la diversión era precisamente hacer lo prohibido.

-Y tengo que contarte algo...

-¿Qué es?

Grace respiró hondo y sonrió. Tenían pensado anunciarlo ella y James durante la fiesta pero no pudo resistirse a compartir aquel secreto con su mejor amiga.

-Estoy embarazada- anunció casi en un susurro.

-¿En serio?, ¡es maravilloso!- exclamó Barby alborozada abrazándola- ¿lo saben ya Everett y Mary Rose?

-No lo sabe nadie aún, solo tú. Guarda el secreto. Lo anunciaremos en unas horas.

-El secreto estará a salvo conmigo- susurró Barby cruzando el dedo índice por sus labios. Después las dos volvieron a abrazarse y a reírse como dos chiquillas que comparten un secreto.

Grace buscó a James entre la gente y le vio hablando animadamente con otros hombres. Habían salido del gabinete para disfrutar del ambiente festivo pero Grace descubrió en sus rostros la sombra de la preocupación. La caída de la Bolsa de Nueva York era la noticia de los últimos días y por lo que se veía lo sería durante bastante tiempo. Muchos negocios se habían venido abajo al igual que grandes fortunas. Se comentaba el reciente suicidio de uno de los amigos de Everett, algo lamentable. El que más o el que menos había perdido dinero en la Bolsa que se había convertido en los últimos tiempos en la inversión más fácil y productiva hasta el descalabro del día 24. Nadie sabía lo que ocurriría a partir de aquel momento y muchos intuían que aquella fiesta de bienvenida para Grace y James sería la última celebración en mucho tiempo.

James dirigió a Grace una sonrisa y ante su pregunta de dónde estaba Everett, con un gesto de mano le indicó que se dirigiera al despacho. James aún no había podido hablar con él, al parecer estaba inmerso en una conversación telefónica pero sabía que la única manera de llamar su atención y hacer que se integrara en la fiesta era con la presencia de Grace.

La joven se dirigió rápidamente a la biblioteca que hacía las veces de despacho y tras unos breves golpes en la puerta entró decididamente.

El hombre moreno que estaba sentado al otro lado de la mesa consultando papeles levantó la cabeza. Tendría unos cuarenta años, de aspecto serio y honorable, alto y con una mirada inquieta que delataba inteligencia aunque en esos momentos parecía preocupado. Miró a Grace e inmediatamente su rostro se transformó: una amplia sonrisa dejó ver un atractivo rostro. Se levantó de la silla y se dirigió a la joven con los brazos extendidos para abrazarla. -¡La pequeña Grace!, ¿cuándo habéis llegado? Nadie me ha avisado de que ya estabais aquí.

Grace se dejó abrazar por los cariñosos brazos de Everett durante unos segundos. Después, el hombre, la apartó unos centímetros para contemplarla mejor.

-Estás realmente hermosa- dijo con admiración. Sus ojos se posaron en el broche- Veo que no te lo quitas.

-Para mi es muy importante- contestó ella acariciándolo con suavidad- era el mejor regalo que podías hacerme.

-Era de tu madre.

-Pero pertenece al fideicomiso y te encargaste de restaurarlo y sé que fue muy costoso.

-Para ti todo es poco- dijo Everett sin poder apartar la vista de ella. Ya no era una chiquilla, en aquellos tres meses tras su boda con James se había convertido en toda una mujer: sus gestos y movimientos eran seductores, su voz melodiosa, su hermosura había madurado hasta transformarla en una auténtica belleza llena de serenidad a pesar de lo vulnerable que él sabía que era su mundo interior tras la muerte de sus padres, era tremendamente

sensible... qué diferente era Grace de Mary Rose. Sabía que por mucho que su esposa hubiera intentado apartar a la joven del pecaminoso mundo que la rodeaba, el ansia de libertad que brillaba en los ojos de Grace era indomable. Sin duda lo había pasado muy bien durante su luna de miel.

Viéndola parecía que todo lo malo a su alrededor desaparecía. No había dejado de pensar en ella ni un minuto, ni siquiera en los peores momentos. Ahora, tras la quiebra de la Bolsa y todos los demás problemas que le acuciaban hubiera deseado desaparecer. Sentía que todo aquello era poco menos que el fin del mundo y él no estaba dispuesto a hundirse. ¿Qué le impedía salir corriendo de todo aquello? Estaba atado por su clase social, su familia... no eran más que convencionalismos sociales, pero en un mundo que se derrumbaba, ¿qué importaba todo aquello?, ¿qué importaba todo? La desesperación estaba haciendo mella en su ánimo, estaba perdiendo la coherencia y la cordura. Estaba a punto de perder el control de sus actos, y allí estaba Grace, tan hermosa como siempre, tan ajena a todo...

-¿Te ha tratado bien James?- bromeó apoyándose en la mesa pero sin apartar sus manos de los hombros de Grace.

-Por supuesto. Es el hombre más maravilloso del mundo. Hemos viajado, conocido gente, lugares... me trata como una princesa.

-No te mereces menos- aseguró Everett apretando los dedos en torno a los brazos de su ahijada- nunca consentiría que te tratara mal, para mi eres muy especial Grace...- su voz sonaba cálida y su mirada penetraba los azules ojos de la joven que parpadeó sintiéndose extrañamente confundida- Debí sacarte antes del internado, debiste estar más tiempo aquí... conmigo.

-Yo... he estado bien- Grace intentó apartarse de Everett pero el hombre se lo impidió. Se acercó más a ella. Sus manos recorrieron sus suaves brazos.

-Podrías tener todo lo que quisieras, eres tan hermosa...

-Tío Everett...

-No soy tu tío, nunca lo he sido. Grace... el mundo a nuestro alrededor se desmorona, ¿has oído lo de la Bolsa?- ella asintió con la cabeza- Todo lo que parecía seguro ya no lo es. La gente enloquece cuando no tiene a lo que aferrarse pero nosotros saldremos a flote, tú y yo- parecía hablar consigo mismo.

-No... no entiendo lo que me quieres decir- dijo Grace asustada. Las manos de Everett apretaban sus brazos hasta casi hacerle daño.

-Claro que me entiendes. Lo sabes desde hace tiempo, ¿por qué crees que te saqué del internado? Quería que estuvieras conmigo, quería tenerte cerca, ¿qué nos importan los demás ahora que todo se derrumba? Ya nada es lo que parece, ¿no crees que deberíamos

aprovechar la vida y no dejar escapar la oportunidad que se nos brinda antes de que llegue el fin? Quizás esto sea una señal.

-Soy feliz con James. Lo único que quiero es mi fideicomiso y comprarnos una casita.

Everett la miró con burla.

-¿Tan solo te conformas con eso? Una mujer como tú debería estar cubierta de pieles, joyas y vestidos caros, viajar e ir de fiesta. No creo que James pueda ofrecerte eso- dijo irónicamente.

Grace estaba escandalizada.

-Mary Rose no aprobaría eso.

-¡Oh, vamos!, ¡No hables como Mary Rose!- dijo con hastío- Tú no eres como ella- la abrazó apasionadamente reteniéndola entre sus brazos- No me digas que nunca te has dado cuenta- los impulsos largamente controlados salían a flote sin ningún pudor. Everett había perdido la cabeza- Grace, Grace, Grace... emanas tanta sensualidad, he soñado contigo todas las noches, he acariciado tu cuerpo en mi mente, te he hecho el amor miles de veces. Podríamos escapar juntos, estaría dispuesto a dejar a Mary Rose por ti.

La joven se debatía nerviosa entre sus brazos intentando evitar aquellas horribles palabras.

La fiesta continuaba animada al otro lado de la biblioteca. El joven Bartley fumaba sentado en la escalera que llevaba a la planta superior. Junto a él se había sentado la pequeña Lila que le miraba embelesada.

-Es una fiesta muy animada, ¿verdad?- preguntó intentando iniciar una conversación con él.

-¿Cómo? Ah, si, enormemente animada- dijo sin prestar mucha atención.

-Espero que dejen que me quede hasta el final.

-¿Por qué no iban a dejarte?- preguntó extrañado volviendo su atractivo rostro hacia ella contemplando su cara salpicada de pecas y su cabello pelirrojo.

-Piensan que aún soy muy joven- se quejó la jovencita con un gesto mohín.

-¿Cuántos años tienes?

-Quince, casi dieciseis- se apresuró a contestar mirándole con ansiedad e irguiéndose para parecer más mayor. Él sonrió ante aquello.

-¿Quieres fumar?- le preguntó con intención adivinando que en aquella jovencita se escondía un espíritu intrépido.

-¿Aquí?, ¿ahora?- se escandalizó Lila mirando a su alrededor.

-¿Por qué no? Todo el mundo está distraído. Seguro que también te gustaría beber un poco de alcohol. Las chicas lo hacen y tú ya no eres una niña, ¿verdad?

Aquella era una pregunta capciosa y Lila se debatía entre el deber y el ansia de probar todo lo prohibido. Acercó disimuladamente su vaso a Bartley y éste dejó caer parte del contenido de su petaca en el vaso de la jovencita.

-No se lo digas a nadie, será nuestro secreto- susurró Bartley muy cerca de Lila haciendo que ésta se sintiera estremecer por la intimidad.

El alcohol tenía un sabor amargo que no le gustó y el humo del cigarro de Bartley la hizo toser, cosa que al joven le pareció muy gracioso. Desde aquella improvisada atalaya en las escaleras podían contemplar toda la fiesta pero para la pequeña Lila, aquella había perdido interés y el hecho de encontrarse sentada con Bartley y compartir algo tan prohibido como el tabaco y el alcohol hizo que se sintiera feliz, además de mareada.

Un imperceptible gesto de Mary Rose hizo que Bartley se levantara de la escalera y se dirigiera a ella.

-Quiero que me ayudes a coger algo del despacho. Se trata de unos puros que le encantan a Marvin pero están en la estantería de arriba.

Los dos se dirigieron al despacho. Mary Rose no sabía que Everett se encontraba allí con Grace y abrió la puerta descuidadamente. La escena que presenció hizo que su rostro se contrajera en una mueca de disgusto y horror.

-¡Vamos Grace! Nadie nos impide estar juntos. Podríamos marcharnos ahora mismo sin que nadie se diera cuenta- Everett mantenía a Grace entre sus brazos y su boca recorría su cuello.

-¡No!- gritaba ella forcejando- ¡Estoy embarazada!

En el momento en que Everett vio a Mary Rose y a Bartley en la puerta del despacho, soltó a Grace y se pasó la mano por el cabello.

La joven se acercó corriendo y llorando a la mujer en demanda de ayuda.

-¡Tía Mary!- sollozó- él... él...

-¡Eres una descarada!- le dijo la mujer masticando las palabras con rabia- ¿Cómo te atreves a provocar a Everett después de lo que ha hecho por ti? Eres una desagradecida. No ha servido de nada la educación que te hemos dado en esta casa decente. ¿Qué diría tu madre si se enterara de esto?

Grace la escuchaba sobrecogida, ¿por qué la culpaba a ella? ¡No había hecho nada!

-Pero tía...

-Yo no soy tu tía y ésta ya no es tu familia. Si James se entera de esto... Eres una mujerzuela y manchas el nombre de tus padres. No mereces llevar ese broche, tu madre se moriría de vergüenza- dijo en una explosión de odio arrancándole el broche y rasgando su vestido.

Grace no pudo aguantar más aquello, comenzó a llorar abruptamente y salió corriendo del despacho ante la atónita mirada de Bartley que no sabía cómo reaccionar.

-Yo... no sé qué ocurrió- intentó justificarse Everett sin saber muy bien qué decir.

-Vete- dijo Mary Rose refiriéndose a Bartley que inmediatamente obedeció no sin antes dirigir una mirada de desprecio a su padre.

-Mary Rose...

La mujer se acercó lentamente a Everett y cuando estuvo a su altura le propinó una sonora bofetada.

-¿Crees que soy estúpida?, ¿de verdad lo crees? Sé perfectamente lo que ha pasado y pide a Dios que Grace no cuente nada de lo que ha ocurrido aquí- dijo de manera furiosa amenazándole con el dedo, después se dio la vuelta y salió del despacho. No podía permitir que la fiesta se estropeará por aquel "incidente". Ante todo había que conservar las formas y no dar lugar a un escándalo.

Grace salió corriendo de la biblioteca y se dirigió escaleras arriba pasando al lado de la pequeña Lila que aún se encontraba mareada. Tan solo su amiga Barby se dio cuenta de su extraño comportamiento y la siguió hasta el piso superior donde la encontró llorando en uno de los cuartos de baño.

Everett se quedó solo en el despacho. Se dejó caer en el sillón y apoyó la cabeza en sus manos con cierta desesperación, ¿qué había hecho?, ¿era un loco! Había intentado ocultar sus sentimientos y pasión hacia Grace todo lo que había podido pero después de tres meses sin verla y el crack de la Bolsa le habían hecho comprender que la vida podía cambiar en cualquier momento y no quería desperdiciar la oportunidad de disfrutarla. Efectivamente había sido un loco impulsivo y aquello podía acarrearle serios disgustos. Por parte de Mary Rose sabía que no ocurriría nada, se limitaría a mirarle con desprecio pero aparentarían ser una familia decente y feliz, en cuanto a Grace... ¿y si le contaba lo ocurrido a James? Sería un escándalo e incluso podrían destaparse sus otros "asuntos" con el crimen organizado. Si, reconocía que era un hipócrita pues era un férreo defensor de la ley seca pero únicamente para poder aprovecharse de los negocios y beneficios que la prohibición acarrearía.

El teléfono sonó en aquel momento y con gesto malhumorado Everett contestó.

-¿Sí?

La persona que estaba al otro lado del teléfono fue clara y directa.

-El dinero se ha perdido en la Bolsa.

-Ya lo sé, estoy casi arruinado- dijo con desgana.

-No me refiero a ese dinero, sino al "otro" dinero- le aclaró el hombre por teléfono.

-¿Cómo? Eso no es posible. La inversión era segura y me dijiste que no había riesgo.

-Así era pero el dinero se reinvertió en otros valores.

Everett comenzó a sudar. Se pasó la mano temblorosa por la frente, aquello no podía estar pasando, ¡no!. El hombre al otro lado del teléfono continuaba hablando.

-Todo el dinero que Capone pidió ocultar estaba allí. ¿Qué haremos ahora?

-¿Que qué haremos ahora?, ¡estamos muertos si no lo recuperamos!- la ruina personal parecía importarle más bien poco en comparación con lo que podía ocurrirle tras perder el dinero de la mafia.

James sonreía y hablaba distendidamente con sus amigos pero al mismo tiempo buscaba entre la gente a Grace, ¿habría salido ya del despacho de Everett? Decidió ir a buscarla. Llamó con los nudillos y tras escuchar un breve "pase", abrió la puerta de roble.

-¡Hola Everett! Aún no había tenido oportunidad de saludarte, ¿no está Grace aquí?

El aludido le miró con aprensión hasta que comprobó que el joven no sabía nada de lo sucedido. Sin duda Grace era una chica lista y sabía lo que les convenía a todos.

-He estado todo el tiempo en el despacho. Grace ha estado aquí hace un rato- de pronto una idea se introdujo en su mente como un afilado estilete- siéntate.

A James no le pasó desapercibido el gesto de preocupación de Everett e intuyó que los recientes problemas económicos podrían ser la fuente de su nerviosismo.

-¿Te encuentras bien?- preguntó.

-Pues la verdad es que no- Sin importarle los convencionalismos, sacó de uno de los cajones dos vasos y una botella de bourbon y se dispuso a servirlos. James no pudo por menos que sentirse sorprendido.

-Everett... ¿sabes que el alcohol está prohibido? Tu propio partido fue el que...

-Si, si... ya lo sé, pero necesito un trago y no quiero tomarlo solo, ¿me acompañas o prefieres sermonearme como uno de esos charlatanes que vuelven locas a las mujeres de la Liga Cristiana?

James no contestó pero alargó su mano para tomar el vaso. En momentos como aquellos la amistad se demostraba más con un gesto de compañerismo que actuando como un policía.

-¿Qué es lo que ha pasado?, ¿se trata de la Bolsa?

Everett asintió mientras volvía a llenar su vaso tras vaciar su contenido de un solo trago.

-He perdido mucho dinero pero además de eso tengo un grave problema- murmuró.

-Lo siento mucho...- James no sabía que decir en ese momento. Nunca imaginó que Everett pudiera verse en esa situación.

-Necesito tu ayuda- dijo de pronto el senador.

-Lo que necesites pero... yo no tengo dinero. Tan solo mi sueldo que...

-Se trata del fideicomiso de Grace.

James se incorporó en el sillón. Ese fideicomiso era el dinero que los padres de Grace le habían dejado hasta el día que se casara.

-Creo que eso tendrás que hablarlo con ella. Yo no puedo tomar decisiones en cuanto a su dinero- dijo seriamente aunque estaba convencido de que ella aceptaría gustosa a ayudar a su padrino en aquella situación.

Everett le contempló con cierto disgusto, ¿desde cuando un hombre no podía tomar decisiones sobre los bienes de su mujer? Todo aquel rollo del feminismo y la independencia de las mujeres parecían estar haciendo mella en la sociedad.

-Tienes que convencerla.

-Imagino que ella estaría dispuesta, sois su familia, la única que conoce. De todas maneras también podrías vender algunas propiedades, quizás eso fuera suficiente para...

Everett movió la cabeza negativamente.

-No lo entiendes. Ese dinero no era mío y estoy en un grave aprieto.

-¿De quién es?, ¿a qué te refieres?- James comenzó a sospechar que la situación debía ser más complicada aún de lo que había imaginado.

-Si no devuelvo ese dinero tendré un grave problema- dijo obviando las preguntas de James- No tengo otra manera de obtenerlo si no es a través del fideicomiso de Grace, ¿tienes que ayudarme!

La desesperación del hombre era patente y James se sintió abrumado. En aquel instante comenzó a intuir la verdad.

-Se trata de dinero sucio, ¿es eso?

El hombre asintió con un golpe de cabeza. La lluvia golpeaba con fuerza los cristales. La noche había cubierto el paisaje de oscuridad y en la pequeña biblioteca que hacía las veces de despacho tan solo una lamparilla les iluminaba.

-¡Pero Everett!, ¿cómo es posible? Tú has sido un defensor a ultranza del cumplimiento de la normativa, ¿en qué lío te has metido?, ¿de quién es ese dinero?- le recriminó.

-De Alfred- confesó por fin- Distribuyó su dinero entre varias personas, yo soy una de ellas y lo he perdido.

-¿Alfred?- preguntó James sin entender que aquel nombre pudiera decirle algo.

Everett le miró fijamente a los ojos.

-Alfred, Al, Al Capone- aclaró.

James no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. ¡Everett manejaba el dinero de Al Capone!, ¡blanqueaba su dinero para él!. Se pasó las manos por la cara, ¿qué tenía que hacer? Él era miembro de Hacienda, gracias a sus investigaciones Al Capone había podido ser encerrado, ¿era lícito que ayudara ahora a Everett? No podía hacer eso.

La música y las risas se filtraban a pesar de la puerta cerrada pero para los dos hombres se había acabado la fiesta.

-¿Entiendes ahora por qué necesito el dinero de Grace?- preguntó Everett con desesperación.

El joven aún estaba conmocionado con la noticia, ¡Everett y Al Capone hacían negocios juntos! Su sentido de la honradez no le permitía ayudar al padrino de su mujer, y menos con el dinero del fideicomiso.

-No, lo siento pero no vamos a ayudarte.

-¿Qué dices?- preguntó con una mezcla de enfado y sorpresa- Grace me lo debe todo, ¿qué hubiera sido de ella si no me hubiera ocupado yo?- preguntó levantándose de la mesa.

-¡Everett!, ¿estás loco?, ¿te das cuenta de lo que me pides? No puedo ayudarte y trabajar para el Tesoro, ¿no te das cuenta?, ¿en qué lugar me pondría eso a mí?, ¿en qué lugar pondría a Grace? No voy a consentir que utilices su dinero para salvarle el culo a Al Capone.

-No se lo estarías salvando a él, sino a mi, ¿no lo entiendes?, ¡me matará!- Everett se apoyaba en la librería y apretaba el vaso en su mano.

James se acarició el mentón pensativamente, quizás podría haber una solución.

-Capone está detenido, no podrá hacerte nada.

-¡No me hagas reír!- exclamó irónicamente Everett. Al Capone contaba con hombres que harían cualquier cosa por él tanto dentro como fuera de la cárcel.

-Quizás podríamos...

-¿Qué?- preguntó ansiosamente Everett.

-Podrías testificar en contra de Al Capone, eso te ayudaría con el Tesoro, serían condescendientes contigo y te ofrecerían seguridad. Me comprometo a ayudarte en todo lo posible. Esta misma tarde hablaré con...

Everett había dejado de escucharle pero seguía mirándole. ¿Testificar en contra de Al Capone? Eso sería firmar su sentencia de muerte. ¡Maldita sea! Si Grace no se hubiera casado él aún podría disponer del fideicomiso como quisiera. Si no se hubiera casado... si estuviera sola... si James no existiera...

Con gesto parsimonioso se acercó a una pequeña mesa adyacente y abrió una caja de madera que reposaba sobre ella. Sacó algo de su interior y se acercó a James que seguía buscando una solución. Cuando el joven se dio cuenta de lo que Everett portaba en su mano abrió los ojos con gesto de asombro.

-Lo siento- dijo Everett fríamente- no me dejas otra opción.

Un tremendo ruido semejante a un petardo se escuchó por toda la casa. Grace estaba arriba con Barby y las dos bajaron inmediatamente. La gente corría de un lado a otro, muchas mujeres lloraban, los hombres intentaban mantener la calma y uno de ellos llamó a la policía.

Grace se abrió paso y entró en el despacho de Everett a pesar de que intentaron impedirselo. Gritó con desesperación cuando vio la sangre mientras varios brazos intentaban que no cayera al suelo. A nadie le extrañó que perdiera la cabeza de aquella manera, su estabilidad emocional había terminado por romperse con lo que acababa de ocurrir. Alguien aconsejó una institución psiquiátrica, quizás fuera Everett o Mary Rose, o tal vez el doctor Marvin. Lila estaba desconcertada con todo aquello, no entendía por qué se había estropeado la fiesta, ¿a dónde iban a llevar a Grace?

-Debería volver a la ciudad en la que fue tan feliz...- murmuró Mary Rose agriamente. Aquella fiesta en la casa de Long Island no terminó como todos esperaban y la felicidad del principio quedó convertida en amargura, dolor y tristeza.

El periódico comenzaba su edición de la mañana con la pavorosa noticia del suicidio de James Mathews durante la fiesta celebrada en casa del padrino de su mujer, Grace. El muchacho que vendía periódicos gritaba a pleno pulmón y le quitaban los ejemplares de la mano. La noticia se acompañaba con la descripción de la policía al llegar al lugar de los hechos. Sin duda el joven, a su regreso de la luna de miel en Europa, se había enterado de la pérdida de su capital en el crack de la Bolsa. No era el primero que tomaba aquella drástica solución acuciado por la ruina y desesperación, pero en aquel caso la noticia había causado más impacto al tratarse del joven matrimonio que había atraído todos los comentarios de los últimos meses. Una foto de la pareja durante la fiesta, horas antes del suicidio, a gran tamaño daba más interés y morbo a la noticia. ¿Quién podía imaginar que aquellos jóvenes sonrientes, felices y enamorados pudieran tener un fin tan trágico pocos meses después? Tal vez las cosas no fueran tal como las contaba el periódico, los ricos se tapaban unos a otros y tenían trapos sucios que ocultar.

-Aquí dice que la joven esposa, presa de un ataque de nervios ha tenido que ser ingresada urgentemente en un hospital psiquiátrico- leyó una mujer rechoncha mientras se sentaba a desayunar junto a su orondo marido al que no le interesaban lo más mínimo los suicidios de los ricos. Es más, desde que la Bolsa había caído, su negocio de empeños y préstamos había subido como la espuma. En apenas un par de días se había encontrado con numerosas personas deseosas de empeñar sus joyas y pedir dinero para poder subsistir tras el descalabro económico.

-Bueno...- dijo limpiándose con la servilleta- Eso a nosotros nos da igual. Mientras que los ricos sigan perdiendo dinero, nosotros estaremos bien.

-¿Quién era la mujer que vino anoche?, ¿qué quería?- preguntó recordando de pronto la intempestiva visita a altas horas de la noche.

-Lo de costumbre. Empeñar una joya. Imagino que no querría venir de día para que nadie la viera. Ahora se verá la verdad de toda esa gentuza- dijo con desprecio- tendrán que suplicar para obtener unas monedas por las joyas que me dan. Nos haremos ricos, Anne.

La mujer sonrió mientras se levantaba para dar de mamar al pequeño que estaba en la cuna, pasó por detrás de su marido y cogió el periódico.

-De todas maneras me dan pena esos jóvenes. Él era muy atractivo y ella parecía muy feliz, llevaba un vestido muy bonito y un broche que debe ser costosísimo- dijo mirando con interés la foto del periódico para unos momentos después dejarlo sobre la mesa y continuar con sus quehaceres domésticos.

Los jirones de niebla parecían quedarse enganchados entre las cruces y los ángeles de piedra que poblaban el cementerio. La noche era oscura y los dos niños corrían entre las lápidas hasta llegar a uno de los mausoleos. La puerta se abrió cuando la empujaron y los dos se acurrucaron en el interior.

-Shuuuu- susurró la niña a su hermano de no más de siete años- Aquí no nos podrán encontrar- dijo con gesto divertido pero el pequeño no parecía tan seguro.

El sonido de risas lejanas se entremezclaba con la sonoridad de la piedra del mausoleo que amplificaba los latidos de sus corazones.

-Tengo miedo- susurró el pequeño con gesto de preocupación.

-No pasará nada, éste es el mejor escondite.

Pero las palabras de la muchacha quedaron apagadas por el sonido de unos pies caminando por la tierra endurecida del cementerio. Abrieron la puerta del mausoleo lo justo para poder ver, y allí, una figura vestida de blanco, con un velo ocultando su rostro se mostró ante ellos. ¡Sin duda era un fantasma! El pequeño se tapó la cara con las manos pero su hermana, totalmente fascinada y horrorizada por aquella visión, apenas podía apartar la vista de aquella figura blanca y etérea que parecía flotar en la negrura de la noche. El espectro volvió su rostro y fijó su mirada velada en los ojos de la niña a través de la ranura. Ella se echó hacia atrás conteniendo el aliento...

Patricia abrió los ojos con dificultad y dejó caer la mano sobre el despertador que había comenzado a sonar de forma estridente. Se incorporó en la cama y bostezó. Ya no le afectaban las pesadillas recurrentes que tenía prácticamente todas las noches. Se había acostumbrado a ellas y aunque se despertaba con la sensación de no haber descansado nada, por lo menos no le hacían despertarse a gritos como tiempo atrás.

Se levantó y se acercó a la ventana. El ambiente era tristón, gris y frío, lo normal para finales de Noviembre. Tiritó y cogió su bata cuando se dirigía a la pequeña cocina para prepararse un café cargado que la mantuviera bien despierta durante todo el día. Tras bostezar sonoramente otra vez y contemplar con desanimo como las plantas que Zía le había regalado parecían morir día a día- no entendía por qué su amiga se empeñaba en regalarle tiosos a sabiendas que se sentía incapaz de responsabilizarse de ningún ser vivo- la joven decidió que era momento de tomar una ducha y atender a sus responsabilidades.

Sintió el lacerante frío de noviembre en su rostro cuando salió a la calle con su bicicleta y se arrebujó todo lo que pudo en su abrigo y bufanda que casi le cubría la cara entera. Pensó que quizás no era una buena idea la de ir en bicicleta pero necesitaba el pedaleo y la adrenalina que sentía por sus venas cuando corría entre los coches, así que dicho y hecho. Haciendo acopio de todas sus fuerzas y voluntad, se ajustó bien la mochila a la espalda y comenzó a recorrer el camino que la llevaría hasta la pequeña tienda de bisutería de su amiga Zía en el Soho.

Por fortuna no era un trayecto excesivamente largo desde su apartamento en Greenwich Village, el barrio bohemio de Nueva York, y era más cómodo usar la bicicleta que le daba total independencia. Lo malo era cuando tenía que llevar demasiadas cosas, en esos casos solía usar el autobús.

Cuando la puerta de la pequeña y coqueta tiendecita se abrió, fue como si el invierno entrara con toda su furia. Una gélida brisa hizo que Zía, la joven que regentaba el negocio, levantara contrariada la cabeza.

-¡Santo Dios!- exclamó la menuda joven mientras se aproximaba a Patricia- Parece que vienes del mismo Polo Norte.

Patricia no contestó hasta que se desprendió de su gorro y de su bufanda, dejando al descubierto un rostro bonito enmarcado por una melena ondulada que no llegaba más allá de los hombros.

-Estás helada, tienes los labios azulados- se escandalizó su vivaracha amiga mientras la empujaba hacia uno de los bonitos y antiguos radiadores que calentaban la estancia- ¿Estás loca para venir en bicicleta con el tiempo que hace?- preguntó con los brazos en las caderas mirándola reprobadoramente. Era menuda y de aspecto saludable, ni guapa ni fea pero con una mirada tenaz acrecentada por sus pequeñas gafas de pasta de color rojo. Tenía una peculiar manera de vestir combinando piezas originales que encontraba en los mercadillos de segunda mano con otras prendas de buena calidad que le daban un aire chic y personal. Su pequeña tienda de bisutería era muy apreciada por vendedores al por mayor y diseñadores que solían hacerle importantes pedidos pues sus piezas eran de buena calidad y muy bonitas. Zía's Curiosity era una tienda dedicada a la bisutería y complementos como

guantes, sombreros, tocados y pañuelos. Nutría su negocio con las piezas originales de artistas locales cuya inventiva e ingenio siempre la sorprendían. Incapacitada para crear una línea propia, era, sin embargo, un águila para los negocios y pronto dejó de lado los intentos infructuosos para realizar collares y pulseras dejando estos menesteres para los artistas de verdad y dedicándose ella a la tarea de dar salida a los productos, y verdaderamente lo hacía muy bien.

-¿No vas a ofrecerme un café?, ¿vas a quedarte ahí quieta riéndome?- preguntó Patricia mientras sentía pinchazos en sus dedos al entrar en contacto con el radiador.

-Eres tan cabezota...- rezongó Zía yendo hacia la cafetera y sirviendo dos cafés calientes.

-Reconozco que hoy no hacía día para la bicicleta, pero me da libertad.

-Oye cariño, el autobús también está bien, y si me apuras hasta los taxis. No creo que tengas problemas para coger uno de vez en cuando, ¿verdad?- preguntó mientras le tendía la taza. Patricia bebió un sorbo antes de contestar. Entrecerró los ojos y suspiró aliviada. El mejor café que había probado en su vida se encontraba en la tienda de Zía, no sabía cual era la mezcla o la marca pero nunca desperdiciaba la ocasión de tomar uno cuando estaba allí.

-Está bien... lo reconozco, ¿vale?

-Bueno, ya que has estado a punto de perecer en medio del frío invierno de Nueva York, espero que al menos merezca la pena, ¿me has traído algo interesante?

Patricia no pudo reprimir una carcajada. Zía era totalmente pragmática.

-Pues claro, no pensarás que he venido solo por tu café- bromeó mientras se quitaba la mochila y la abría sobre el mostrador extrayendo de ella varios joyeros de viaje de terciopelo negro.

-A veces lo sospecho...- murmuró Zía escudriñando los movimientos de Patricia.

Cuando la joven terminó de extender sobre la mesa la tela en la que iban acomodados los collares, broches, anillos, pendientes y pulseras, Zía no pudo evitar una exclamación de sorpresa, ¡eran todos preciosos!

Había conocido a Patricia en la Escuela de Arte hacía unos años, después de que empezara la carrera de derecho y huyera totalmente aburrida a los dos años. De aquella etapa conservaba buenos amigos pero no se imaginaba a sí misma ante un tribunal. Después comenzó en la Escuela de Arte, allí fue donde se dio cuenta de que ella no estaba llamada a ser una artista excepcional, no así Patricia cuyas creaciones eran preciosas y detallistas, trabajadas con gran precisión, de buena calidad y con materiales exquisitos.

-Te has superado, Pat.

-Vamos, siempre dices lo mismo- contestó la joven sonriendo pero halagada en el fondo.

-Son preciosos, sobre todo estos anillos. En cuanto los vean me los quitarán de las manos.

-Espero que saques un buen precio por ellos.

-No te preocupes- dijo con orgullo- estás hablando con Luzía Wilson y te aseguro querida que por estas joyas se pagará un buen precio.

-No son joyas, es bisutería- rectificó Patricia que había vuelto junto al radiador.

-Te aseguro que nadie podría distinguir las de unas auténticas, en especial las que haces de estética art decó, son las más bonitas- dijo sin mirarla mientras seguía observando todo el muestrario de su amiga a través de sus gafas de montura roja.

Patricia no pudo evitar una sonrisa de satisfacción. Las joyas, los vestidos y todo lo relacionado con los años veinte le encantaba y así lo plasmaba en sus creaciones logrando una línea vintage y retro que causaba sensación en los diseñadores neoyorkinos.

-Bueno, pues ahí las tienes, así que deja de atosigarme constantemente. Sé cumplir los plazos pero si me agobias cortas mi creatividad- bromeó mientras volvía a ponerse la bufanda.

-¿Te vas? Pensé que podríamos comer juntas.

-Hoy no puedo. Le dije a Bartholomew que comería con él. Imagino que querrá saber qué voy a hacer éstas Navidades.

-¿Ya te dije que estás invitada a la fiesta de Nochevieja con mis viejos amigos de la facultad de derecho?

-Si, me lo has dicho varias veces. No sé lo que haré...- dijo fijando su mirada azul y terca sobre los cuadros de contrachapado llenos de coloristas collares con los que Zía adornaba las paredes.

-¿No tienes planes?, ¿qué hay de ese chico con el que estuviste saliendo?

-Se fue- dijo mirando hacia otro lado y centrándose en abrochar su abrigo.

Zía la miró detenidamente.

-¿Se fue o le echaste?

-¿Qué más da? Si no hubiera terminado yo la relación se hubiera marchado al final, ¿no crees? Siempre pasa igual.

Zía sonrió triste y comprensivamente. No le gustaba ver triste a Pat pero sabía que para ella las relaciones sentimentales eran complicadas y tormentosas.

-De todas maneras nunca he llegado a entender cómo empezaste la carrera de Derecho- comentó Patricia para cambiar de conversación.

-Bueno cariño... la vida da muchas vueltas. Al principio pensé que podría acabar con las injusticias en el mundo, luego me di cuenta que era inútil luchar contra un imposible pero me fui por aburrimiento. El arte me llamaba más pero al final, mírame- dijo extendiendo sus brazos en actitud cómica- me he convertido en la triste dueña de una tiendecita de complementos.

Patricia se echó a reír.

-A mí no me engañas, eres una empresaria con gran visión de negocios y con un sentido práctico que aterrorizaría a cualquier ejecutivo de Wall Street.

-Y a mí tampoco me engañas tú y sé que dentro de tu caparazón duro como una coraza se esconde un corazoncito- dijo Zía cariñosamente golpeando suavemente con su dedo el pecho de Patricia. De pronto frunció el ceño- es una pena que no me hicieras caso con aquella cita...

-¿Con tu amigo abogado? Por favor, seguro que es un estirado. Odio las citas a ciegas.

-Te equivocas, Daniel es un hombre estupendo pero por desgracia no creo que esté ya libre...- suspiró decepcionada- pero hubierais hecho una pareja fantástica.

-Sí, si... oye, tengo que irme. ¿Puedo dejar mi bicicleta en la parte de atrás de tu tienda? A la vuelta la recogeré.

-¿Es que no te crees capaz de ir a la Quinta Avenida pedaleando?- se burló risueñamente- Claro que la puedes dejar aquí.

Acompañó a Patricia hasta la puerta y vio como se alejaba en dirección a la parada del autobús. En el último momento se acordó de algo.

-¡Patricia!, ¡Recuerda que el viernes vendrá Víctor para hacer las fotos de la colección!

La joven agitó la mano en señal de haberse enterado y Zía se arrebujó en su chal naranja, que combinaba a la perfección con su falda negra, antes de regresar a la calidez de su tienda.

Patricia volvió al frío de las calles para acudir con su ineludible cita en la Quinta Avenida. Cogió uno de los autobuses y suspiró aliviada cuando se resguardó en su calidez.

El elegante conserje del edificio la saludó amablemente cuando la vio entrar en el vestíbulo. No era una desconocida y sabía exactamente a dónde se dirigía: a la última planta con forma de cúpula en la que se encontraba el lujoso apartamento triplex de Bartholomew Carlyle.

La joven se miró en el espejo del ascensor tras marcar la clave que la conducía directamente hasta el último piso. Contempló su anorak, su bufanda azul y su gorro. Quizás debería haberse puesto otra ropa más apropiada pero ya no podía hacer nada. Se encogió de hombros y esperó pacientemente a que el ascensor llegara a su destino.

Cuando pisó la mullida alfombra roja sintió que entraba en un mundo diferente. Todo allí era cálido y lujoso. Bartholomew tenía muy buen gusto, y mucho dinero, lo cual permitía que todo estuviera perfecto en el apartamento de la Quinta Avenida con forma circular y de precio exorbitado, aunque imaginaba que el precio había sido un detalle nimio en la decisión de adquirirlo.

Le abrió la puerta el silencioso mayordomo y tras hacerse cargo de su anorak, bufanda y gorro, le indicó con un gesto que su anfitrión la esperaba en la galería circular desde la que se divisaban unas espectaculares vistas.

-Hola Bartholomew- saludó Patricia con una sonrisa al anciano que leía el periódico sentado cómodamente en su sillón de cuero.

-¡Hola pequeña!- devolvió el saludo y su rostro se pobló de arrugas pero sus ojos azules brillantes la atravesaron con decisión. Tenía noventa y seis años pero podía aparentar perfectamente ochenta. Los años no le habían quitado su inteligencia ni la capacidad para evaluar a las personas con un simple vistazo. Era ágil y poseía una excelente salud aunque sabía disfrazarse muy bien de débil anciano para conseguir sus objetivos. Entre él y Patricia siempre había existido una corriente de enorme simpatía y no en vano era su padrino. Siempre había defendido a aquella muchachita demasiado tenaz en todo lo que hacía y con un carácter un tanto complicado.

El rostro de Patricia se iluminó cuando besó al anciano en la mejilla y él sintió el frío del exterior.

-Parece que el invierno está llegando antes de lo acostumbrado. ¿Tienes hambre?

-No, aún es pronto. He tomado una taza de café en la tienda de Zía- explicó sentándose en un pequeño escabel frente al hombre que la observaba complacido.

-El café de tu amiga es espectacular. La semana pasada me mandó un paquete.

-¿En serio? Vaya, yo no he conseguido nada así- se extrañó la joven. Bartholomew siempre se había preocupado por conocer a sus amigos y parejas y no era raro que el anciano hablara de vez en cuando con Zía, aunque Patricia sospechaba que casi siempre era para preguntar por ella.

-Bueno, yo suelo ser muy persuasivo, sé que te encanta. Además le hice de intermediario para un diseñador que ha comprado la mayoría de tus piezas.

-Bartholomew- dijo seriamente- no me gusta que hagas esas cosas. Así nadie me tomará en serio.

-No digas bobadas- dijo dándole una cariñosa palmadita en la cara- ¿Crees que los más famosos empresarios y artistas despreciarían una oportunidad para triunfar? Además tus creaciones son muy buenas, lo sé- afirmó con seriedad.

-Bueno- dijo ella ablandando el gesto- al fin y al cabo fuiste tú el único que confió en mí cuando decidí tener mi propio taller.

-Por supuesto. Tienes talento, decisión, inteligencia y belleza, ¿qué más se puede pedir?- dijo guiñándole un ojo.

La joven se echó a reír. Quería a Bartholomew como si fuera su abuelo. Se había comportado como tal desde el día que nació y más después de la muerte de su hermano Charlie y la

posterior de su padre. Una sombra se cruzó por su rostro al recordarlo. Su padre había sido para ella el hombre más maravilloso del mundo, era su ídolo, pero después de la muerte de Charlie... no había sido el mismo. Cuando murió cinco años atrás, Bartholomew se encargó de que no les faltara nada ni a su madre ni a ella, se convirtió en su protector, aunque en realidad no les unía ningún parentesco, tan solo amistad con la familia de su madre. Ayudó a su padre en su carrera como abogado primero y después como juez y siempre había habido una relación muy afectuosa entre ellos.

-¿Qué vas a hacer en Navidad?

-Aún no lo sé, pero imagino que lo de siempre- contestó Patricia estirando las piernas y contemplando sus botines grises- ¿Me darías cobijo en tu casa?- preguntó burlonamente.

-Pues claro que si, pero pensé que quizás las pasarías con tus amigos.

-No, ya sabes que tampoco tengo muchos.

-¿Y novios?

Patricia levantó la cabeza y miró al anciano. Existía una gran diferencia de edad entre ellos pero sin embargo muchas veces se sentía en total consonancia con él y podía hablar de cualquier cosa. Desde siempre le había confesado sus miedos, sus primeros escauceos... y ahora continuaba igual.

-¿No estabas saliendo con un chico?- insistió.

-Sí, pero terminó.

-Bueno, eso es que no era el hombre adecuado para ti. No te preocupes.

La joven sonrió. Cuando hablaba con Bartholomew todo parecía fácil y eso le encantaba, le daba seguridad.

-Le he dicho a tu madre que venga también a comer hoy con nosotros, creo que sería bueno ponernos de acuerdo para pasar las Navidades, ¿no crees?

Patricia se irguió y sus músculos se tensaron, ¿su madre iba a comer con ellos?

-Parece que no te agrada demasiado. ¿Cuánto hace que no la ves?

-No lo sé, he perdido la cuenta- dijo levantándose y mirando distraídamente los libros que había sobre las estanterías.

El anciano suspiró y ayudado por un bastón se levantó.

-Esto te hace daño, ¿no crees que estas Navidades serían una buena ocasión para arreglar las cosas con tu madre?

-No tenemos nada que arreglar- explicó ella dándose la vuelta mostrando un brillo retador en sus azules ojos- Ella vive su vida y yo la mía. Creo que es lo mejor.

Antes de que Bartholomew pudiera contestar, se oyó ruido en la entrada, probablemente alguien había subido en el ascensor y el mayordomo le estaría dando la bienvenida.

La puerta del gabinete se abrió e hizo su aparición una mujer de unos sesenta años largos con un bolso de marca y el periódico bajo el brazo. Vestía elegantemente en tonos suaves, su cabello estaba impecable y su rostro hermoso se torció en un gesto de desagrado al ver a Patricia.

-Hola Iris- saludó el anciano.

-Hola. No pensé que tuviéramos compañía- dijo secamente.

-Yo también me alegro de verte, madre- saludó burlescamente Patricia acercándose a la mujer y depositando un beso frío en su mejilla.

-No digas tonterías Patricia, tan solo me sorprendió el verte aquí. Bartholomew no me dijo nada.

-A mi tampoco. Creo que esto es lo que se llama una encerrona, ¿no es así?- preguntó Patricia entre enfadada y divertida.

El anciano no pudo reprimir una sonrisita de satisfacción. Normalmente solía salirse con la suya y preparar aquel encuentro entre madre e hija le había satisfecho enormemente.

-Bueno, creo que ahora podríamos comer, ¿no os parece? Tenemos mucho de qué hablar.

-Sí, ¿cuándo nos lo ibas a contar?- preguntó Iris observando como el mayordomo preparaba la mesa.

-¿A qué te refieres?- preguntó extrañada Patricia.

-A esto- su madre le dio el periódico donde aparecía una foto de Bartholomew.

-“Próximo homenaje para el honorable Bartholomew Carlyle, ciudadano destacado de nuestra sociedad y miembro de honor del colegio de abogados que durante años abogó por los impulsar los derechos de nuestro estado, además de socio fundador del bufete de abogados Carlyle, Hubert & Bronson. Su carrera ha sido una de las más destacadas...”-

Patricia detuvo su lectura pues el artículo proseguía con los consabidos halagos- Realmente lo mereces Bartholomew.

El anciano sonrió levemente sonrojado.

-Bueno... considero que cuando homenajean a alguien es que está a punto de morir y evidentemente a mi no me falta demasiado- bromeó- si no se dan prisa no llegarán a tiempo. He pensado que podríais ayudarme a prepararlo todo. La casa de Long Island hace tiempo que está cerrada y sería una buena ocasión para reabrirla, ¿no os parece?

Madre e hija se miraron con estupor no exento de incomodidad.

-¿La casa de Long Island?- preguntó Patricia con precaución- Hay muchos hoteles en Manhattan con salas enormes para celebraciones y eventos, ¿no sería mejor en uno de ellos?

-No- dijo Bartholomew haciendo acopio de la autoridad que le había caracterizado durante toda su vida- Querida niña...- continuó ablandando sus palabras- la casa de Long Island es

perfecta y es necesario que de una vez por todas conjuremos los fantasmas del pasado, ¿no crees, Iris?

La aludida apenas movió imperceptiblemente la cabeza asintiendo pero en el fondo sentía lo mismo que su hija ¿por qué tenía que ser el homenaje en aquella casa? La mirada fija y pétrea de Bartholomew le decía que se haría tal y como él deseaba. No había nada ni nadie en el mundo que pudiera contradecirle y ante eso solo le quedaba claudicar.

-Bien, pues ahora comamos- sentenció el anciano.